

*Mi viaje a  
casa*



L.R. SHELTON, JR. (1923-2003)

# Mi viaje a casa

## Índice

Introducción.....	3
1. Lo que significa ir a casa.....	5
2. Antes de que tuviera esperanza.....	7
3. Mi esperanza actual.....	9
4. ¿Tienes esperanza? .....	12

Traducción: Nedelka Medina  
Edición: Rudy Ordoñez Canelas

Copyright 2024 Chapel Library. Impreso en EE.UU. Chapel Library no está necesariamente de acuerdo con todas las posiciones doctrinales de los autores que publica. Se concede expresamente permiso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

- 1) no se cobre más allá de una suma nominal por el coste de duplicación, y
- 2) se incluya este aviso de copyright y todo el texto de esta página.

Chapel Library envía materiales Cristocéntricos de siglos anteriores a todo el mundo sin cargo alguno, confiando enteramente en la fidelidad de Dios. Por lo tanto, no solicitamos donaciones, pero recibimos con gratitud el apoyo de aquellos que libremente desean dar.

**En todo el mundo**, descarga el material sin cargo de nuestro sitio web, o ponte en contacto con el distribuidor internacional que aparece allí para tu país.

**En Norteamérica**, para obtener copias adicionales de este folleto u otros materiales Cristocéntricos de siglos anteriores, ponte en contacto con

**CHAPEL LIBRARY**

**2603 West Wright Street**

**Pensacola, Florida 32505 USA**

*Teléfono: (850) 438-6666 • Fax: (850) 438-0227*

*chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org*

# Mi viaje a casa

## Introducción

**Q**UIERO hablarles un poco esta mañana sobre un tema que me toca muy de cerca, y es: *mi viaje a casa*. Como hijo de Dios, la muerte no me causa temor ni preocupación, porque para mí la muerte es solamente la puerta que conduce a la casa de mi Padre celestial; ¿y quién teme o se preocupa por ir a casa? Puedo decir como el salmista: «Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento» (Sal 23:4). Puedo decir con el apóstol Pablo en Filipenses 1:21: «Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia». De nuevo, en Apocalipsis, oigo estas palabras: «Bienaventurados... los muertos que mueren en el Señor» (Ap 14:13), y luego: «Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre estos» (Ap 20:6). También leí estas palabras en Números 23:10: «Muera yo la muerte de los rectos, y mi postrimería sea como la suya». ¿Por qué? porque la muerte de los justos es una muerte llena de bondad, gloria y misericordia, ya que nos conduce a la presencia del Señor Dios de gloria. También encuentro en Filipenses 3:20 que mi ciudadanía está en los cielos, desde donde espero a mi Salvador, el Señor Jesucristo, el cual transformará este cuerpo de mi humillación, para que sea semejante al cuerpo de Su gloria. El apóstol Juan

también me dice en su carta: «Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro» (1Jn 3:2-3).

Esta esperanza que Dios da a Sus hijos es mi esperanza, porque yo soy hijo Suyo, por la gracia redentora del Señor Jesucristo. Esta esperanza es un ancla segura y firme del alma, «que penetra hasta dentro del velo» en el cielo (Heb 6:19), donde el Señor Jesucristo ya ha entrado por mí. Esta esperanza que se me ha dado está envuelta en una Persona, y solo en una Persona, y es el Hijo de Dios, el Señor Jesucristo, quien es el único que puede salvarme y llevarme sano y salvo a la casa de mi Padre, porque Él dijo: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí» (Jn 14:6).

El apóstol Pablo dijo: «Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres» (1Co 15:19), pero, alabado sea el Señor, por Su gracia esta esperanza llega más allá de la tumba hasta el mismo cielo. Yo alabo al Señor porque en esta vida tengo la bendita esperanza de ir a casa a ver a mi bondadoso Señor. En esta era de materialismo, cuando todo lo que es espiritual es objeto de burla y mofa, y los que conocemos al Señor somos ridiculizados, alabo al Señor porque tengo una esperanza que es el ancla segura y

firme de mi alma que entra en lo que está dentro del velo.

## 1. Lo que significa ir a casa

Amigos míos, *ir a casa* significa que tendré el privilegio de ver y contemplar por toda la eternidad a Aquel a quien mi alma ha aprendido a amar, Aquel que dio Su vida como rescate por mí. Podré ver a Aquel que fue hecho pecado por mí, que no conoció pecado; para que yo sea hecho justicia de Dios en Él (2Co 5:21). Sé que el cielo será hermoso con sus mansiones y sus calles pavimentadas de oro, su río de la vida y el árbol de la vida, con los ángeles y todos los redimidos; pero no sería el cielo sin el Señor Jesucristo, el Cordero de Dios, que llevó mis pecados en Su propio cuerpo sobre el madero. Él será la figura central en el cielo, Aquel a quien todos los redimidos adorarán y alabarán por siempre y para siempre. La alabanza comienza aquí abajo, y le alabo porque está en mi corazón.

*Ir a casa* significa que podré cantar, alrededor del trono de Dios, el cántico de Moisés y del Cordero, que será el cántico de la liberación. Canto esa canción aquí abajo esta mañana. Lo canto cada hora: que Dios redimió mi pobre alma para que no bajara al abismo. Eso es lo que regocija a mi pobre alma, lo que sobresale en mi salvación: que Dios me libró del poder y del castigo del pecado y me hizo «acepto en el Amado» (Ef 1:6).

*Ir a casa* significa que tendré mi cuerpo nuevo, que será semejante al cuerpo de mi Señor (Fil 3:21),

en el que morará la justicia: no más pecado, enfermedad ni tristeza.

*Ir a casa* significa que seré liberado de la presencia misma del pecado, porque en la salvación Dios me liberó del poder del pecado y del castigo del pecado, pero —alabado sea Su santo Nombre— cuando Él venga a buscarme, ya sea en Su segunda venida o en la muerte, me liberará de la presencia misma del pecado. No seré manchado con él por toda la eternidad, porque en ese lugar no entrará nada «que hace abominación y mentira» (Ap 21:27). Y le alabo por ello.

*Ir a casa* significa que entraré en el descanso que Dios ha preparado para los que le aman: ¡descanso! «Queda un reposo para el pueblo de Dios» (Heb 4:9). Amigo mío, esta esperanza que Dios me ha dado en Cristo no es una esperanza sentimental, una esperanza de cuento de hadas, una esperanza que se añade a mi vida, o algo extra, sino que es una esperanza *viva*, una esperanza de la realidad, una esperanza que está continuamente conmigo.

Esta esperanza que tengo en el Señor Jesucristo, no me la di yo mismo, ni la recibí de la iglesia, ni me la concedió algún ministro, sino que vino entera y completamente de *Dios mismo* por medio de la muerte, sepultura y resurrección de Su Hijo, el Señor Jesucristo, y por el poder convincente del Espíritu Santo.

## 2. Antes de que tuviera esperanza

No siempre tuve esta esperanza, pues en tiempos pasados «[anduve] en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire [Satanás]», y poseía «el espíritu [de desobediencia] que ahora obra en los hijos de desobediencia» (Ef 2:2). Yo vivía mi vida y me conducía en las pasiones de la carne, obedeciendo los impulsos de la carne y los pensamientos de la mente, y era por naturaleza un hijo de ira, como lo eres tú, que no conoces al Señor hoy. Pero, oh, alabado sea el Señor, Él me salvó, y tuvo misericordia de mí, y me libró del poder del pecado y de Satanás, y echó todos mis pecados tras Su espalda, y puso un cántico nuevo en mi corazón y en mi boca, alabanza a mi Dios (Sal 40:3). ¡Y yo lo alabo y lo alabo y lo alabo por ello! Y sabes, cuando pienso en lo que el Señor ha hecho por mí, y a hacia donde me guiará un día, y en todo lo que esta mente finita mía puede pensar, me acuerdo de 1 Corintios 2:9: «Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman». ¿No es eso gracia?

Hubo un tiempo cuando yo estaba sin Cristo, desterrado de la comunidad de Israel, un extraño de los pactos de la promesa, sin esperanza, y sin Dios en el mundo; pero, alabado sea Su santo Nombre, ahora estoy en Cristo Jesús, hecho cercano por la sangre preciosa del Señor Jesucristo (Ef 2:12-13). Hasta hace nueve meses, todavía estaba en mis pecados,



«insensato, extraviados, engañado, sirviendo a concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecible y aborreciendo» a Dios y al hombre; pero oh, la bondad y el amor de Dios mi Salvador aparecieron y salvaron mi pobre alma enferma de pecado, no por las obras de justicia que yo había hecho, sino conforme a Su misericordia Él me salvó, por el lavamiento de la regeneración, y la renovación del Espíritu Santo (Tit 3:3-5). Esta salvación la derramó en mí abundantemente por Jesucristo mi Salvador, para que, justificado por Su gracia, fuera hecho heredero conforme la esperanza de la vida eterna (Tit 3:6-7). Alabado sea Su santo Nombre por el don inefable que ha dado a mi alma. Ciertamente, en esto consiste el amor: no en que yo le haya amado, sino en que Él me amó primero y envió a Su Hijo como propiciación por mis pecados (1Jn 4:10).

Hubo un tiempo en que yo hablaba lenguas humanas y angélicas, pero no tenía a Cristo como mi única esperanza de aceptación ante Dios. Por lo tanto, yo era como metal que resuena y címbalo que retiñe. Yo era uno de los que tenían el don de profecía, y pensaba que entendía todos los misterios y todo el conocimiento; y pensaba que tenía toda la fe, de modo que podía mover montañas, pero sin Cristo, no era nada, nada más que un pecador condenado al infierno, inclinado al infierno, merecedor del infierno, porque el amor de Cristo no gobernaba en mi corazón. En tiempos pasados podía decir que había donado muchos bienes para alimentar a los pobres, que había dado mucho dinero para causas necesitadas, y que habría dado mi cuerpo para que lo quemaran, si

fuera necesario, pero estaba sin Cristo y sin esperanza en este mundo, así que todo esto no me servía de nada (1Co 13).

Yo era un atalaya ciego, muy ignorante de mí mismo y de lo que Dios requería de mí, que era glorificarlo en todo lo que hiciera. Yo era como un perro mudo, que no ladraba, pero que estaba durmiendo, echado, amando dormir en vez de dar la verdadera Palabra de Dios. Yo era como los perros comilones que nunca tenían suficiente, y como un pastor que no entendía mi último fin, o el último fin de aquellos a quienes predicaba, viendo solamente mi propio camino para recibir ganancia de cualquiera y de todo lugar (Is 56:10-11).

### **3. Mi esperanza actual**

Pero, alabado sea Su Nombre, esos tiempos han pasado, esos pecados han sido perdonados, limpiados, lavados en la sangre del Cordero, para nunca más ser recordados contra mí. Ahora estoy en Cristo y predico las inescrutables riquezas de Aquel que me amó y se entregó por mí. Hoy estoy aceptado en el Amado y predico de Aquel que es capaz de salvar hasta lo sumo, al pecador más vil y depravado, porque «palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero» (1Ti 1:15). Le alabo por esa bendita esperanza. No siempre la tuve, pero, alabado sea Dios, la tengo esta mañana. Él me libró por Su maravillosa gracia, y lo alabo por ello.

Una vez fui engañado en cuanto a mi condición perdida y arruinada, pensando que era rico y que me había enriquecido y que no tenía necesidad de nada, sin saber que era desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Pero el Señor, por amor a mi alma, me aconsejó que comprara de Él oro refinado en fuego, para que me enriqueciera; y vestiduras blancas, para que me vistiera y no descubra la vergüenza de mi desnudez; y ungió mis ojos con Su colirio, para que viera (Ap 3:17-18). Me dio de Sí mismo, y me llevó a Su casa de banquetes, donde me senté bajo Su sombra con gran deleite, y Su fruto fue dulce a mi paladar. Su bandera sobre mí fue el amor, y yo me hice Suyo y Él se hizo mío (Cnt 2:3-4). Oh, el amor que llenó mi alma cuando Dios me salvó por Su gracia y me mostró por el Espíritu Santo de Su Palabra que Él había pagado mi deuda de pecado por completo, y que el acta de las ordenanzas que estaba contra mí había sido quitada y clavada en Su cruz. Cuán preciosa fue esa palabra que llegó a mi corazón con poder y mucha seguridad: «Yo deshice como una nube tus rebeliones, y como niebla tus pecados; vuélvete a mí, porque yo te redimí. Cantad loores, oh cielos, porque Jehová lo hizo; gritad con júbilo, profundidades de la tierra; prorrumpid, montes, en alabanza; bosque, y todo árbol que en él está; porque Jehová redimió» LEE ROY, «Y SE HA GLORIFICADO» EN ÉL (Is 44:22-23). Y mi alma le ha estado alabando y alabando y alabando desde entonces. Puedes reírte, y puedes despreciar, infiel, pero mi alma alaba al Señor esta mañana porque Él redimió a Lee Roy para que no bajara a la fosa.

¡Cuán dulce y precioso es mi amado Señor para mi alma hoy! Cuán preciosas son Sus promesas para mi alma cuando me alimento en ellas y bebo de ellas por fe. Cuán luminosos son los días en que espero a mi Señor desde la gloria, que cambiará este cuerpo vil de mi humillación y lo hará semejante a Su cuerpo glorioso, y entonces estaré para siempre con el Señor.

Mientras trabajo y espero a mi Señor desde la gloria, sé que Él está conmigo ahora para conducirme, guiarme, proveerme y evitar que caiga. La bendición de conocer a Cristo está más allá de las palabras expresadas. No se puede decir ni la mitad de lo que Él significa para mi alma cuando camino con Él día a día y estoy en comunicación con Él y tengo compañerismo con Él en mi corazón. Mi alma canta Sus alabanzas por Su misericordia, Su gracia y Su amor. Mi alma canta Sus alabanzas por Su paciencia y Su longanimidad conmigo. Mi alma canta Sus alabanzas por Su benignidad y bondad. Mi alma canta Sus alabanzas por Su muerte, sepultura y resurrección. Mi alma le alaba porque me invitó a venir a Él para compartir Su gloria y herencia, para ser partícipe de Su naturaleza divina y para estar con Él por todas las edades. Mi alma lo alaba por ese amor que no me dejó ir, sino que me siguió a través de cuarenta y tres años de pecado, infierno y depravación, para que yo pudiera formar parte de Su gloriosa esposa. ¿Te preguntas por qué lo alabo? No deberías. Si el Señor ha hecho por tu alma lo que ha hecho por la mía,

tú también lo alabarás. Si no lo ha hecho, puede hacerlo, porque Él no hace acepción de personas. Y yo le alabo por ello.

#### **4. ¿Tienes esperanza?**

¿Le conoces? ¿Te regocijas en Él? ¿Anhelas ver Su rostro? ¿Estás esperando el grito del cielo que diga: «Levantad la vista, porque se acerca vuestra redención»? ¿Esperas el día en que el Espíritu Santo diga: «Levanta la vista, hijo mío, redimido mío, porque viene a buscarte Aquel que ama tu alma»? ¿Está esa esperanza dentro de ti? Oh, alabo al Señor esta mañana porque puedo decir a las naciones que hay salvación en Cristo, que hay un poder que guarda en Cristo, que en días de oscuridad y tinieblas, cuando los corazones de los hombres están fallando, y están desmayando por todas partes por temor a las cosas que están viniendo sobre la tierra, hay en esta vida, en estos tiempos, gozo, paz, misericordia, gracia, felicidad, contentamiento y descanso del alma en una Persona, y esa Persona es el Señor Jesucristo, a quien Dios ha enviado para ser la propiciación por nuestros pecados. Hermano, tú te has alejado de Él, ¿verdad? Pero alejarse de Cristo es apartarse del único que puede llevarnos de vuelta al Padre, porque Él ha dicho: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí». Le alabo porque es capaz. Le alabo porque está dispuesto a librar a cualquier pobre pecador de descender al pozo: ¡me libró a mí!

También les contaré este día, que antes de que Cristo viniera como mi esperanza de gloria, la Tercera Persona de la bendita Deidad, el Espíritu Santo, obró en mi corazón *una obra de convicción y arrepentimiento*. Antes de que viniera la fe, yo estaba bajo la Ley, y allí aprendí lo terrible que es el pecado, y el terrible juicio que le espera a toda alma que rechaza a Cristo. Aprendí que Dios es santo y odia el pecado, y que Su ira arde contra este. Se me hizo ver y reconocer que la Ley de Dios era justa; y que yo estaba precisamente bajo su condenación. Se me hizo ver la excesiva pecaminosidad del pecado y el gran abismo que había abierto entre un Dios Santo y yo. Bajo la luz iluminadora de la Palabra de Dios en las manos del Espíritu Santo, se me hizo gritar como Pablo: «¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?» (Ro 7:24); y como Isaías: «¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos» (Is 6:5); y como Job: «De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza» (Job 42:5-6); y como Pedro: «Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador» (Lc 5:8). Y vi que toda mi cabeza estaba enferma, y todo mi corazón doliente; que desde la planta de mi pie hasta mi cabeza no había en ella cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga, que no habían sido curada, ni vendada, ni suavizada con aceite (Is 1:5-6). Pecado, *pecado*, podredumbre y pecado, eso es todo lo que yo era.

Pero, alabado sea Él, me habló a mí y le habla hoy a cada uno que se ve en esta condición: «Ven luego» —¡Oh, qué condescendencia! ¡Oh, qué gracia!— «dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana» (Is 1:18). ¿No es una gracia que el Señor se rebajara a razonar contigo y conmigo? Yo creo que sí. Él dijo: «Hazme recordar, entremos en juicio juntamente; habla tú para justificarte» (Is 43:26), y alabado sea Su Nombre, así lo hice. La promesa que Él me dio para aferrarme, fue Ezequiel 36:26: «Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne». Él dijo que lo haría, ¡y lo hizo! Soy un testigo vivo hoy que Dios da a pecadores corazones nuevos. Quiero decir, Él absolutamente te hace una *nueva criatura* en Cristo Jesús. Las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas (2Co 5:17).

Como he dicho, este día soy testigo vivo de que en la salvación Dios da un corazón nuevo. Él quita el viejo corazón de odio y te da un corazón de amor. Él quita el corazón viejo de rebelión y te da un corazón de obediencia. Él quita el corazón viejo que ama el pecado y te da un corazón que ama la justicia, un corazón que lo ama a Él. Él quita el corazón viejo de orgullo y te da un corazón de humildad. Él quita el corazón viejo de amor por este mundo y pone tu afecto en las cosas de arriba.

En ese momento de salvación, toda confusión desaparece, toda discusión cesa. El poder del pecado es quebrantado, y nunca más el alma arrepentida y creyente, vuelve a estar bajo el dominio y el poder del pecado. «Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte» (Ro 8:2). No he recibido otra vez el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que he recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamo: ¡Abba, Padre! (Ro 8:15). «Ahora, pues, ninguna condenación hay» porque estoy «en Cristo Jesús» (Ro 8:1), y desafío a todos los demonios en el infierno o fuera del infierno que me vuelvan a poner bajo el poder, bajo el yugo y dominio del pecado. Mi Señor en la cruz rompió el dominio de Satanás sobre mí; en Su resurrección me justificó libremente, y no hay nadie —dije: «Nadie»— que pueda poner algo contra mí en el cielo porque es Dios quien me ha justificado (Ro 8:33). ¡Alabado sea Su santo Nombre!

Por lo tanto, mi deseo diario es estar con Él cuando regrese a casa. Ciertamente, «estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor» (Fil 1:23). Pero mientras trabajo, espero, oro y aguardo la venida del bendito Señor que cambiará este cuerpo vil de mi humillación y lo hará semejante a Su cuerpo glorioso. ¡Oh, esa bendita esperanza! Esa bendita esperanza que Dios me ha dado; ¡esa esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos! Tengo «una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos» para mí, porque soy



«guardado por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero» (1P 1:4-5). ¡Qué bendita esperanza! Qué esperanza tan llena de gracia: mi regreso a casa, mi partida para ver al Señor porque Él me ha traído de la muerte a la vida, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios; y camino en el resplandor y la gloria del sol de mediodía en el Señor Jesucristo, porque un día el Sol de justicia se levantó con sanidad en Sus alas para mi pobre alma; y he estado caminando en Él desde entonces; y un día seré como Enoc, ¡caminaré directo a la gloria con mi bendito Señor! Pero mientras espero, recibo el fin de mi salvación por fe, mientras espero al Señor desde la gloria. ¿Estás esperando por Él? Oh, les ofrezco misericordia y gracia en el bendito Señor Jesucristo esta mañana, Aquel que murió por los pecadores, fue sepultado por los pecadores, Aquel que fue levantado y resucitó por los pecadores, y quien está a la diestra de Dios Padre esta mañana, siempre vivo para interceder por los pecadores. Y yo sé que Él puede salvarte, porque me salvó a mí. ¿Por qué no vienes a Él?

Este mensaje fue transmitido por primera vez por la Voz de la Verdad el 21 de mayo de 1967, poco después de la conversión del autor, cuando era pastor asociado en la iglesia de su padre. Fue impreso por primera vez en 2003, poco después de la muerte del autor.

